

Democracia y retenciones

Encantamientos y des-encadenamientos discursivos

Por Pamela Paz García¹ – Emilio J. Seveso Zanin²

En un contexto donde la seguridad alimentaria, la bioenergía y el cambio climático definen la agenda mundial, Gobierno y Campo trajeron a la mesa de los argentinos el problema del precio de los alimentos, a partir de una “oportunidad histórica” para las exportaciones agropecuarias; mientras tanto, la inflación, la crisis energética y el irreversible impacto de una sostenida ausencia de política ambiental parecieron desvanecerse ... Puesto que la complejidad de estos temas ha perdido claridad en el cruce de discursos habilitado por la coyuntura, se ha invisibilizado el alcance real que podrían tener los modelos de país que el conflicto ha puesto en disputa. Es decir ¿qué sustentabilidad ofrecían desde un comienzo la política oficial y la chacarera para sostener cualquier proyecto nacional? En la práctica, más que una discusión por un modelo de “desarrollo”, hemos asistido a la agudización de un enfrentamiento por un esquema de ganancias, respecto de un negocio en el que ninguna de las partes desea resignar beneficios.

Pero tanto se ha dicho, tanto se ha hecho y tanto se ha omitido, que el magma de significados, de discursos y de puestas en juego ha absorbido el tiempo para analizar antes de decir, condenando la palabra a la inmediatez de la confrontación. A cada momento nuevos eventos han sacudido el escenario público; nuevas declaraciones en el marco de viejas retóricas, y una estética de conflicto compartida simultáneamente por marchas y contra-marchas. Por eso es que existe un riesgo al escribir: que el lector pierda el sentido de las palabras en la novedad del suceso; que *lea* en definitiva, no interpretando el contenido, sino valorando el paralelismo con los sucesos.

En la última entrega de ocasión, las palabras de un solo sujeto político reavivaron la ilusión en la vía democrática. En un sistema político signado por la corrupción, la violencia y la ineptitud, Cobos dijo NO, y con ello descentró un proyecto político. Los medios lo apoyaron (también lo hubieran hecho si otro hubiese calzado sus zapatos) y se convirtió en un personaje emblemático de la coyuntura. En este sentido, su veredicto rompió (al menos por un instante) con la imagen de un sistema representativo que se encuentra virtualmente condensado y está compuesto por ruedas burocráticas que funcionan mecánicamente.

Sucede sin embargo, que los medios y la gente (nosotros, gente) a veces nos perdemos en las líneas gruesas de los eventos. Es decir: resulta curioso que el “ensueño” nos haya atrapado por lo sorprendente de un fallo, por la valentía que supone la oposición de un sujeto desde dentro a un poder al que debía apoyar; y no, en cambio, porque la Democracia Argentina (en palabras mayúsculas) sea una pinturita para exponer y

¹ Licenciada en Relaciones Públicas e Institucionales (Universidad Siglo 21), Diplomada en Recursos Humanos de la Universidad Nacional de Córdoba y Doctoranda en Estudios Sociales de América Latina, mención Sociología Becaria de Postgrado CONICET - CEA – UNC. Integrante del Programa de Estudios de Acción Colectiva y Conflictos Sociales del Centro de Estudios Avanzados, de la Universidad Nacional de Córdoba

² Licenciado en Sociología, Maestrando en Sociología y Doctorando en Estudios de América Latina (mención en Sociología) para el Centro de Estudios Avanzados (CEA) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Integrante del Programa de Estudios de Acción Colectiva y Conflictos Sociales del Centro de Estudios Avanzados, de la Universidad Nacional de Córdoba

admirar. Esto es como decir que el juicio a un represor, 31 años después de sus crímenes, avala definitivamente el buen funcionamiento de la democracia.

Por eso es que, aunque la justicia y el derecho vayan siempre por detrás de la sociedad, también es oportuno preguntarnos – a la manera en Atilio Borón en *Tras el Búho de Minerva* – sobre qué es esta democracia. El uso de la noción a secas –nos dice – es distorsionante, o por lo menos ambiguo. “¿Democracia "de" quiénes, "por" quiénes, "para" quiénes?” “En efecto ¿de qué democracia se habla? ¿De una democracia basada en la esclavitud, como en la Grecia clásica? ¿O de aquella que prosperaba en los islotes urbanos rodeados por el océano de la servidumbre feudal, y en la cual el popolo minuto pugnaba por ser algo más que una masa de maniobra del patriciado oligárquico de Florencia y Venecia? ¿O de las democracias sin sufragio universal y sin voto femenino de la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial? ¿O de las "democracias keynesianas" de la segunda posguerra?”... Y también cabría preguntarnos ¿se trata de nuestras actuales democracias latinoamericanas, que se sumergen cada vez más en la dominación post-colonial?

Desde nuestro punto de vista, bajo lo que parece ser un esquema continuado de política de masas que se resiste a actualizar sus directrices intelectuales y morales, se procura mantener la vigencia de un espacio de dudosa potencialidad para albergar el espectro de movilización política en toda su heterogeneidad y extensión contemporánea. En este sentido, el relato de los sucesos indefectiblemente despliega su impacto, sobrevolando las circunstancias desde medidas y cronometradas distancias de reflexividad, reservándose tanto la oclusión como la apertura del horizonte de interpretaciones posibles.

Clases de discurso y discursos de clase

El conflicto ancló su existencia en la confrontación de dos voces: Gobierno y Campo; totalidades semánticas que deglutiendo la diversidad, aprovecharon concienzudamente la oportunidad para fagocitar el sentido que debía darse al antagonismo. Ambos tomaron alternativamente la palabra para “nominar” y “decir” en nombre de la sociedad, y lo hicieron por la fuerza de la palabra, reforzando una serie de imaginarios contextuados, alimentando fantasías sociales que ocluyeron sentidos y formas.

Redistribución del ingreso y protección de la soberanía alimentaria versus renta extraordinaria de la soja, inclinaron la balanza del sentido común hacia uno de los lados. Recuperación del federalismo y reivindicación del interior productivo versus negocios excluyentes del poder central, la inclinaron hacia otro extremo. Ambos discursos se autodefinieron “democráticos”; el primero se dijo progresista y simultáneamente populista, el segundo sostuvo su génesis en la patria productiva históricamente pujante. Pero ¿de qué conflicto se nos estaba participando? ¿Qué modelo(s) de sociedad y de país se encontraban en pugna? ¿Qué contenidos democráticos acompañaban los caminos transitados y proyectados?

La carta que el gobierno puso sobre la mesa estuvo anclada en el miedo y la inseguridad. Apeló a la masacre y la muerte del golpe, pero también trajo a colación el fresco recuerdo del 2001: el hambre y la incertidumbre de una sociedad que había perdido su camino. El imaginario en que anidaba remitía entre tanto al fantasma de la historia, que podía – y aún puede – retornar (tal vez como farsa). Por su parte, el adversario se apropió de la voz del pueblo para transmutar las identidades del pasado. De manera transitoria logró convertir sus intereses particulares en un universal, colando –

sin que muchos lo hayan dicho, pero sí advertido – el discurso del menos Estado, del dejar hacer y dejar pasar. Se alimentó del imaginario de una Argentina rica, instaurando su marcha en la tierra que pisamos (¡La tierra para quien la trabaja!).

Recortes intencionados y empobrecidos de la realidad. Mientras tanto, en la compleja diferencia puede encontrarse un elemento en común. Una fantasía que es afirmativa del sistema social en que vivimos. Solución a la desigualdad, el desempleo y el desabastecimiento que corre por el lado las instituciones afianzadas del poder: el Estado y el mercado. Fantasía de medidas coyunturales, como la redistribución por vía impositiva o el derrame de los beneficios por parte de los sectores dueños del capital. Fantasía que en definitiva oculta las bases del conflicto, y en ningún sentido pone en cuestión las condiciones del modelo de desarrollo (capitalista) que lo generan. ¡Qué decir de estrategias transformativas que supondrían alterar esta estructura!

Más aún, capacidad hegemónica que desde lo institucional habilitó a cierta clase para definir y diseminar sentidos, espiritualizando su dominio a la vez que corporeizando sus prácticas ideológicas. Es la alquimia que permitió a los grandes latifundistas denominarse “campesinos” e hizo que la gente en la calle misteriosamente se lo tragase, y que fue baluarte del ejecutivo nacional cuando recreó la figura de la vieja izquierda. En definitiva, misteriosa esencia que - en las palabras del poder - llevó el cuerpo de la gente a la calle en auxilio de intereses “otros”.

Entonces, podemos dar la razón a quienes han embestido contra el uso irresponsable de la memoria. El viejo Orwell, ya mil veces citado, nos recuerda que el pasado no es inmutable; que de esto se aprovecha el poder, que siempre pretende a la memoria, porque ansía deglutirla. Y tampoco podemos olvidar que quienes hablan el idioma de los infortunados saben en realidad hablar muchas lenguas, y las utilizan para conservar sus beneficios. En definitiva, los mandamientos que hoy han sido trazados a la vista de todos pueden ser mañana re-escritos y vueltos a escribir, porque la incapacidad de comprender hace que aceptemos mentiras como si fueran verdades.

Al final de cuentas, lo que importa discutir (o al menos lo que a nuestro entender debería importar cuando se discuten y tematizan estas cuestiones) es lo que se pone en juego más allá del discurso, pero con él y en él.

La materia que condensa el discurso

No se trata sólo del peligro que podrían representar el neopopulismo y el autoritarismo de Estado, o bien el corporativismo y el golpe como contraparte. Tampoco se trata de negar la capacidad de las palabras para producir el preciso efecto de realidad. Pero sucede, como veníamos diciendo, que estas posiciones se recompusieron y cristalizaron tanto en imaginarios como en fantasías. Esto hizo difícil leer las intenciones de los actores, así como medir sus consecuencias probables. Por otro lado, y tal vez más importante que esto, es que siempre permanecen – detrás y expectantes a la vía de resolución del conflicto - las multinacionales y los pools. Esto como “dato” no tiene nada de novedoso, pero sería irresponsable abstraerlo del análisis.

Ya algunos analistas habían advertido con suficiencia que, con independencia de cómo se resolviera el conflicto, en uno u otro sentido (el sentido del capitalismo terrateniente o el de la burguesía dirigencial) se trataba de un antagonismo que se estaba dirimiendo en la cúpula social, aislada de los intereses del pueblo y afinado con los intereses extranjeros. Sin discusión abierta a todos los sectores afectados, la representatividad democrática que proponía el gobierno se diluía en un mero procedimentalismo institucional con medidas destinadas a ensanchar los intereses de los

grandes grupos económicos. En otro sentido (aunque precisamente, en el mismo sentido) la pretendida inflexibilidad de los productores reproducía... es decir, reproduce, el modelo agro-exportador, que ahonda en la expulsión de los pequeños productores y destruye la producción regional.

En definitiva, la *tierra* se ha convertido en *campo*, el territorio en producción; se ha puesto precio al valor de la vida y a los derechos humanos. Se han mercantilizado los valores sociales al tiempo que la sanguinaria creación inanimada (dinero ¡maldito dinero!) ha cobrado vida, marcando nuestras relaciones y dominando el espíritu. Por detrás del discurso ha prevalecido la materia... la tormentosa materia, al decir de Héctor Alimonda.